

## LETROS

## LA NEGACION TOTAL DE LUGONES

## HOMBRES Y POETAS

por FELIX PITA RODRIGUEZ

Llega hasta nosotros el número extraordinario de la revista «Nosotros», de Buenos Aires, correspondiente a mayo-junio, dedicado al poeta Leopoldo Lugones. Lo integran más de medio centenar de testimonios, desde el ataque violento—y merecido—por su doblez y su ceguera de hombre frente a los problemas humanos, hasta la loa encendida al esteta.

La muerte de este poeta actualiza para Hispanoamérica un problema vital: Hombres y poetas.

La soberbia satánica y un poco ingenua del intelectual tipo del godo, creó las torres de marfil. Torres que eran, en el pensar de sus moradores, atalaya sefiera y directriz. Lugones vivió enfermo de este ser el primero, el conductor. Y cuando en los comienzos de su vida literaria se le ve mezclando a la lucha de los hombres—anarquista, rebelde, afiliado al Partido Socialista—se advinía ya que sus mandobles partían desde una lejanía que le ha de separar para siempre de los hombres. Y es aquí, como bien hace notar el escritor peruano Luis Alberto Sánchez, que aparece lo blando de su actitud rebelde, porque encontró más viable el sendero de lo ostentoso que el del silencioso trabajo de maduración. Y ya en agosto de 1896, afiliado Lugones al Partido Socialista, escribe, deslizándose a contrapelo y muy a gusto, por ese sendero de lo ostentoso que después ha de llevarle a saludar «la hora de la espada», una salutación al duque de los Abruzos. Presente ya la «hora de la espada», pero, entonces, como luego, no por la espada en sí sino por el fulgurante del acero y el ocre del parada militar.

Es, como certamente le define L. Alberto Sánchez, «cadával y gregorio». Aspirante a conductor irremisiblemente arrastrado por el brillo y el estruendo, que «sin los Congresos eucarísticos» acaso no habría sido tan insistente la dogmática católica de Lugones; sin la marcha sobre Roma, habriase en sus labios retardado la «hora de la espada».

La raíz del mal, que va más allá de un nombre, es profunda y encuentra tierra abonada en múltiple pecado de poeta. En Lugones es representativa porque él fué último vagabundo de la gran familia novedecentista, enferma del mismo mal de distancia y alejamiento. Por ser arquitecto y poeta descendiente, puede ser Lugones ejemplo eficaz de lo que no ha de ser nunca un poeta de nuestro tiempo. De lo que no son ya, efectivamente, la mayor parte de los poetas de nuestro tiempo. Digamos, y no decimos palabras demasiado optimistas, que con Lugones muere toda una estirpe de grandes o medianos poetas, que estuvieron en el espacio y por mor de situaciones variadas, cerca, muy cerca, de los cantores de corte y estrado.

Había de venir a tamarizar tanta turbia arena la guerra española. Crisol de mil dudosas materias, piedra de toque de tanto metal sospechoso, también aquí el milagro español había de intervenir con justicia. Un visto bueno a la poesía, un visto bueno, un ver bien, un ver la buena cosa, habla de llegar para marcar la cabal ruta. Con Lugones muere el último ilustre representante de las incertidumbres y las variaciones que la guerra española empujó al silencio.

¿Qué poeta necesita tantear en la oscuridad de su cerrada soledad, buscando al hombre o alejándose de él, cuando está aquí el hombre, en medio de la calle, con los brazos abiertos?

Hoy ya en las manos de cada poeta está segura, pájaro en mano, la poesía. Hoy ya se sabe cuál es el aire bueno a su volar. Y por ello los poetas del mundo defienden al pueblo español. Y en él a la única, a la sola, segura poesía de los hombres.

Y ésta es la distancia que les separa sin remedio del «cadával gregorio» que acaba de morir.

## El Colegio de Abogados de Valencia a sus compañeros de Suramérica

Valencia. — Con motivo del segundo aniversario de la reorganización del Colegio de Abogados de Valencia, éstos han dirigido a sus colegas de América Latina un mensaje en el que, después de recordar los orígenes del movimiento de rebelión contra la República, y sus verdaderos motivos, añade:

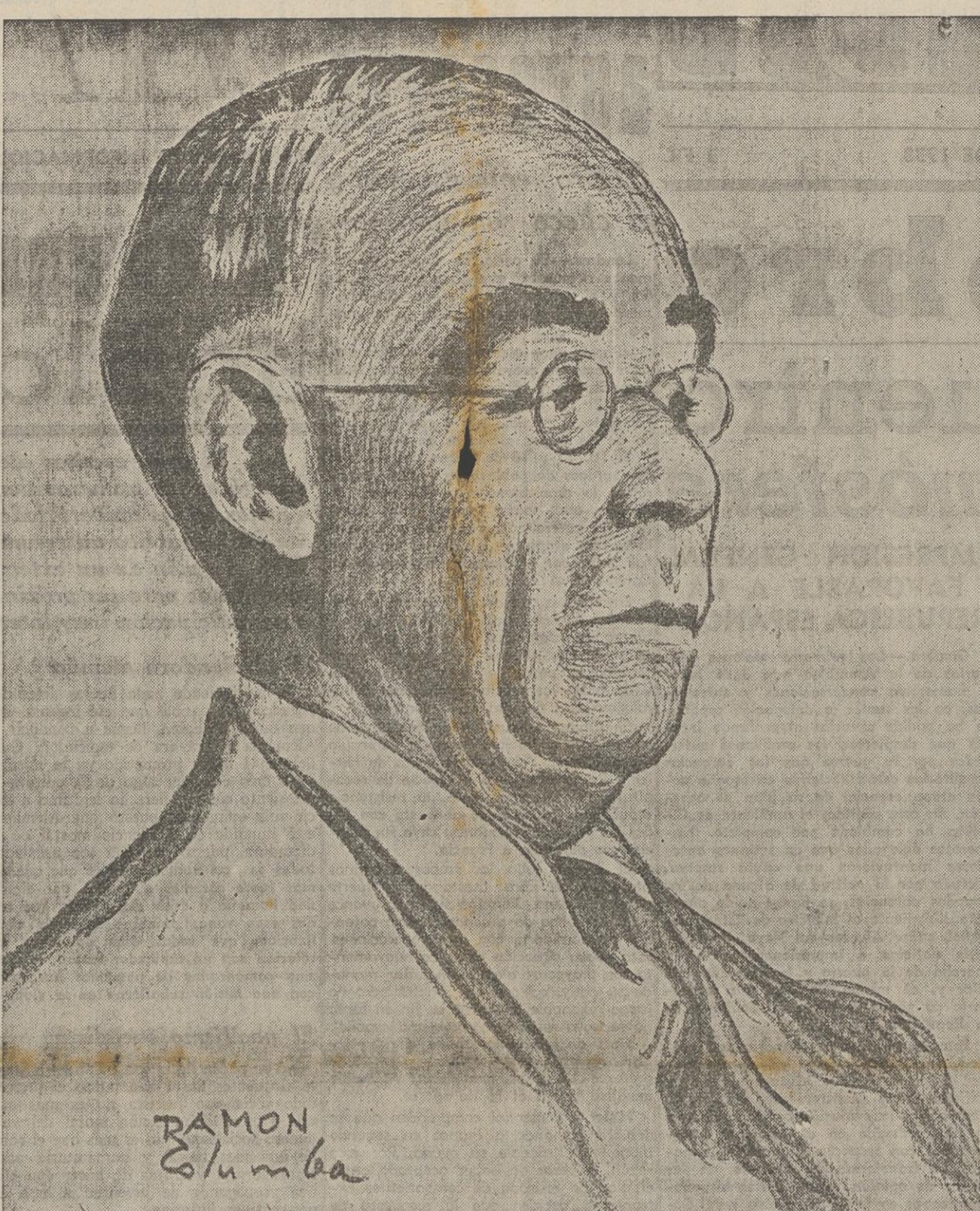
«El Gobierno Español no ha derogado ninguna de sus leyes fundamentales. La vida civil y la vida comercial se sigue todavía por leyes y códigos puestos en vigor antes de la rebelión. Los ciudadanos pueden ejercer sus derechos libremente, dentro de los límites de la ley. Todas las personas de orden que no han actuado contra el régimen no tienen motivo alguno de inquietud.

España no lucha hoy más que por la justicia, el derecho y su independencia.

La República no ha cometido ningún acto de agresión, ni antes ni después de la rebelión, contra los países totalitarios. ¿Cómo se permite entonces a éstos intervenir en favor de los rebeldes de una manera tan intensa como bárbara?

Tenemos derecho a exigir que salgan de nuestro país los invasores y pedimos que todas las naciones den públicamente su adhesión a este principio internacional.

El manifiesto termina expresando el deseo de que los abogados a los que se dirigen, difundan en sus respectivos países la verdad sobre el conflicto español, con el fin de que la República española pueda obtener de la opinión pública la ayuda, a la que tiene derecho por la justicia y la legitimidad absolutas de la causa que defiende».



## Entre dos bombardeos

## «APRENDIZ DE RIO...»

## LORO PERDIDO

Un autor del Siglo de Oro—lope de Vega—dijo del río Manzanares que lo había bebido un burro en la sierra o lo había orinado en La Moncloa. Otra autor, esta vez estamos seguros, de que era Quevedo, dijo que era el único río del mundo navegable... en coche.

El pobre Manzanares ha resistido estoicamente todas las ironías. Jamás ha protestado. Sus desbordamientos no han puesto en peligro ni una triste barraca de ferias en ninguna vereda de San Antonio, que es la fecha de las grandes avenidas. El Manzanares, buen chico, se dejó canalizar sin sentir dolores de gravedad; ha visto surgir piscinas y playas artificiales sin sonar por el océano.

Pero el Manzanares esperaba su vez, que había de llegar con la guerra. Nuestro río goyesco separa desde hace dos años, en la historia de España, la legalidad, de la facción; la libertad, del opprobrio; la civilización, de la barbarie; el hombre, de la bestia. El Manzanares es un río épico que ha cantado los poemas, aunque por un atravieso lamentable—y, verdaderamente infuso—hablen más a menudo de sus penas que del río mismo.

«Puentes de los Franceses... Nadie te pasa, nadie te pasa...»

Pero la justicia la restablecen a pesar de sí mismos y contra su deseo, por la fuerza inevitable de los hechos, nuestros propios enemigos, los mismos enemigos del Manzanares. Una revisa alemana, hablando de las fortificaciones de la frontera germana, ante las alternativas de la guerra que Hitler prepara, decla: «El Rhin resulta así, llamado a ser el Manzanares de Alemania...»

La que dirá el Manzanares: «Que te crees tú eso! Porque una cosa es la ironía madrileña y otra muy distinta la gloria nazi. El Manzanares prefiere la ironía.»

L. V. S.

## IMPACIENCIA

Se detiene un autobús en una plaza de Roma. Sube un «camisista negro» a la plataforma y pisa el pie, sin querer, a un viajero. Este ahoga un grito y da una bofetada al «camisa negra».

En cuanto a las ciudades, los fiscos han prohibido también el uso del vasqueno en rótulos de comercios, carteles, letreros y anuncios de todas clases. Igualmente están vedados los nombres franceses e ingleses y algunos establecimientos han tenido que cambiar sus denominaciones en aquellos idiomas por otras castellanas. Pero lo curioso es que la prohibición no reza para los rótulos en alemán, en italiano o en árabe. De donde resulta—como dice el cronista señor Za-

A continuación suben tres hombres más y abofetean también al fascista. Todos van a parar a la Comisaría. El comisario interroga y el primero que pegó a Pi Margall. Porque eso de que en Vascón esté proscrito el vasco y admitido a libre plática el tudesco y el italiano, es algo que no cabe en ninguna cabeza medianamente organizada.

Y es que el nacionalismo de Franco y de sus suyos no es otra cosa que un teatro de absurdos y de contradicciones.

—Nosotros—dicen ingenuamente los otros tres, al ver que pagaban al «camisista negro»—creímos que había cometido ya la cosa.

—En su caso, todavía se explica—y dirigiéndose a los otros pregunta: Pero, ay ustedes?

—Nosotros—dicen ingenuamente los otros tres, al ver que pagaban al «camisista negro»—creímos que había cometido ya la cosa.

Y es que el nacionalismo de Franco y de sus suyos no es otra cosa que un teatro de absurdos y de contradicciones.

—Nosotros—dicen ingenuamente los otros tres, al ver que pagaban al «camisista negro»—creímos que había cometido ya la cosa.

Y es que el nacionalismo de Franco y de sus suyos no es otra cosa que un teatro de absurdos y de contradicciones.

Amsterman.—El diario católico más importante de Holanda, «De Maasbode», partidario resuelto de Franco, publica un largo reportaje de su corresponsal en Zaragoza sobre los combates en el frente del Ebro.

—Los rojos—dice—se defienden con temor a los templos de su país desde que los fiscos han prohibido el uso del vasqueno a los sacerdotes. Los discursos en otra lengua, que los cascos no conocen o interpretan con dificultad, no colman las necesidades piadosas de su espíritu. Y hasta tal punto ha llegado la abstención de aquellas gentes, que las autoridades fascistas no han tenido más remedio que hacer algunas concesiones y permitir de nuevo el empleo del idioma vernáculo, al menos en algunos de los lugares más apartados, donde es aquél el único medio de relación humana.

Pero, entretanto, y a pesar de esta recificación parcial, continúan manteniendo en la prisión y en el destierro a cerca de un millar de sacerdotes, cuyo delito no ha sido otro que el de dirigirse a sus fieles en la forma más adecuada para que pudiesen entender sus mensajes de paz y de caridad cristiana.

En cuanto a las ciudades, los fiscos han prohibido también el uso del vasqueno en rótulos de comercios, carteles, letreros y anuncios de todas clases. Igualmente están vedados los nombres franceses e ingleses y algunos establecimientos han tenido que cambiar sus denominaciones en aquellos idiomas por otras castellanas. Pero lo curioso es que la prohibición no reza para los rótulos en alemán, en italiano o en árabe. De donde resulta—como dice el cronista señor Za-

bala—un nuevo concepto de las naciones: abofetean también al fascista. Todos van a parar a la Comisaría. El comisario interroga y el primero que pegó a Pi Margall. Porque eso de que en Vascón esté proscrito el vasco y admitido a libre plática el tudesco y el italiano, es algo que no cabe en ninguna cabeza medianamente organizada.

Y es que el nacionalismo de Franco y de sus suyos no es otra cosa que un teatro de absurdos y de contradicciones.

—Los rojos—dice—se defienden con temor a los templos de su país desde que los fiscos han prohibido el uso del vasqueno a los sacerdotes. Los discursos en otra lengua, que los cascos no conocen o interpretan con dificultad, no colman las necesidades piadosas de su espíritu. Y hasta tal punto ha llegado la abstención de aquellas gentes, que las autoridades fascistas no han tenido más remedio que hacer algunas concesiones y permitir de nuevo el empleo del idioma vernáculo, al menos en algunos de los lugares más apartados, donde es aquél el único medio de relación humana.

Pero, entretanto, y a pesar de esta recificación parcial, continúan manteniendo en la prisión y en el destierro a cerca de un millar de sacerdotes, cuyo delito no ha sido otro que el de dirigirse a sus fieles en la forma más adecuada para que pudiesen entender sus mensajes de paz y de caridad cristiana.

En cuanto a las ciudades, los fiscos han prohibido también el uso del vasqueno en rótulos de comercios, carteles, letreros y anuncios de todas clases. Igualmente están vedados los nombres franceses e ingleses y algunos establecimientos han tenido que cambiar sus denominaciones en aquellos idiomas por otras castellanas. Pero lo curioso es que la prohibición no reza para los rótulos en alemán, en italiano o en árabe. De donde resulta—como dice el cronista señor Za-

bala—un nuevo concepto de las naciones: abofetean también al fascista. Todos van a parar a la Comisaría. El comisario interroga y el primero que pegó a Pi Margall. Porque eso de que en Vascón esté proscrito el vasco y admitido a libre plática el tudesco y el italiano, es algo que no cabe en ninguna cabeza medianamente organizada.

Y es que el nacionalismo de Franco y de sus suyos no es otra cosa que un teatro de absurdos y de contradicciones.

—Los rojos—dice—se defienden con temor a los templos de su país desde que los fiscos han prohibido el uso del vasqueno a los sacerdotes. Los discursos en otra lengua, que los cascos no conocen o interpretan con dificultad, no colman las necesidades piadosas de su espíritu. Y hasta tal punto ha llegado la abstención de aquellas gentes, que las autoridades fascistas no han tenido más remedio que hacer algunas concesiones y permitir de nuevo el empleo del idioma vernáculo, al menos en algunos de los lugares más apartados, donde es aquél el único medio de relación humana.

Pero, entretanto, y a pesar de esta recificación parcial, continúan manteniendo en la prisión y en el destierro a cerca de un millar de sacerdotes, cuyo delito no ha sido otro que el de dirigirse a sus fieles en la forma más adecuada para que pudiesen entender sus mensajes de paz y de caridad cristiana.

En cuanto a las ciudades, los fiscos han prohibido también el uso del vasqueno en rótulos de comercios, carteles, letreros y anuncios de todas clases. Igualmente están vedados los nombres franceses e ingleses y algunos establecimientos han tenido que cambiar sus denominaciones en aquellos idiomas por otras castellanas. Pero lo curioso es que la prohibición no reza para los rótulos en alemán, en italiano o en árabe. De donde resulta—como dice el cronista señor Za-

bala—un nuevo concepto de las naciones: abofetean también al fascista. Todos van a parar a la Comisaría. El comisario interroga y el primero que pegó a Pi Margall. Porque eso de que en Vascón esté proscrito el vasco y admitido a libre plática el tudesco y el italiano, es algo que no cabe en ninguna cabeza medianamente organizada.

Y es que el nacionalismo de Franco y de sus suyos no es otra cosa que un teatro de absurdos y de contradicciones.

—Los rojos—dice—se defienden con temor a los templos de su país desde que los fiscos han prohibido el uso del vasqueno a los sacerdotes. Los discursos en otra lengua, que los cascos no conocen o interpretan con dificultad, no colman las necesidades piadosas de su espíritu. Y hasta tal punto ha llegado la abstención de aquellas gentes, que las autoridades fascistas no han tenido más remedio que hacer algunas concesiones y permitir de nuevo el empleo del idioma vernáculo, al menos en algunos de los lugares más apartados, donde es aquél el único medio de relación humana.

Pero, entretanto, y a pesar de esta recificación parcial, continúan manteniendo en la prisión y en el destierro a cerca de un millar de sacerdotes, cuyo delito no ha sido otro que el de dirigirse a sus fieles en la forma más adecuada para que pudiesen entender sus mensajes de paz y de caridad cristiana.

En cuanto a las ciudades, los fiscos han prohibido también el uso del vasqueno en rótulos de comercios, carteles, letreros y anuncios de todas clases. Igualmente están vedados los nombres franceses e ingleses y algunos establecimientos han tenido que cambiar sus denominaciones en aquellos idiomas por otras castellanas. Pero lo curioso es que la prohibición no reza para los rótulos en alemán, en italiano o en árabe. De donde resulta—como dice el cronista señor Za-

bala—un nuevo concepto de las naciones: abofetean también al fascista. Todos van a parar a la Comisaría. El comisario interroga y el primero que pegó a Pi Margall. Porque eso de que en Vascón esté proscrito el vasco y admitido a libre plática el tudesco y el italiano, es algo que no cabe en ninguna cabeza medianamente organizada.

Y es que el nacionalismo de Franco y de sus suyos no es otra cosa que un teatro de absurdos y de contradicciones.

—Los rojos—dice—se defienden con temor a los templos de su país desde que los fiscos han prohibido el uso del vasqueno a los sacerdotes. Los discursos en otra lengua, que los cascos no conocen o interpretan con dificultad, no colman las necesidades piadosas de su espíritu. Y hasta tal punto ha llegado la abstención de aquellas gentes, que las autoridades fascistas no han tenido más remedio que hacer algunas concesiones y permitir de nuevo el empleo del idioma vernáculo, al menos en algunos de los lugares más apartados, donde es aquél el único medio de relación humana.

Pero, entretanto, y a pesar de esta recificación parcial, continúan manteniendo en la prisión y en el destierro a cerca de un millar de sacerdotes, cuyo delito no ha sido otro que el de dirigirse a sus fieles en la forma más adecuada para que pudiesen entender sus mensajes de paz y de caridad cristiana.

En cuanto a las ciudades, los fiscos han prohibido también el uso del vasqueno en rótulos de comercios, carteles, letreros y anuncios de todas clases. Igualmente están vedados los nombres franceses e ingleses y algunos establecimientos han tenido que cambiar sus denominaciones en aquellos idiomas por otras castellanas. Pero lo curioso es que la prohibición no reza para los rótulos en alemán, en italiano o en árabe. De donde resulta—como dice el cronista señor Za-

bala—un nuevo concepto de las naciones: abofetean también al fascista. Todos van a parar a la Comisaría. El comisario interroga y el primero que pegó a Pi Margall. Porque eso de que en Vascón esté proscrito el vasco y admitido a libre plática el tudesco y el italiano, es algo que no cabe en ninguna cabeza medianamente organizada.

Y es que el nacionalismo de Franco y de sus suyos no es otra cosa que un teatro de absurdos y de contradicciones.

—Los rojos—dice—se defienden con temor a los templos de su país desde que los fiscos han prohibido el uso del vasqueno a los sacerdotes. Los discursos en otra lengua, que los cascos no conocen o interpretan con dificultad, no colman las necesidades piadosas de su espíritu. Y hasta tal punto ha llegado la abstención de aquellas gentes, que las autoridades fascistas no han tenido más remedio que hacer algunas concesiones y permitir de nuevo el empleo del idioma vernáculo, al menos en algunos de los lugares más apartados, donde es aquél el único medio de relación humana.

Pero, entretanto, y a pesar de esta recificación parcial, continúan manteniendo en la prisión y en el destierro a cerca de un millar de sacerdotes, cuyo delito no ha sido otro que el de dirigirse a sus fieles en la forma más adecuada para que pudiesen entender sus mensajes de paz y de caridad cristiana.

En cuanto a las ciudades, los fiscos han prohibido también el uso del vasqueno en rótulos de comercios, carteles, letreros y anuncios de todas clases. Igualmente están vedados los nombres franceses e ingleses y algunos establecimientos han tenido que cambiar sus denominaciones en aquellos idiomas por otras castellanas. Pero lo curioso es que la prohibición no reza para los rótulos en alemán, en italiano o en árabe. De donde resulta—como dice el cronista señor Za-

bala—un nuevo concepto de las naciones: abofetean también al fascista. Todos van a parar